

Palabras del P. José Juan Del Col, sdb, en la Colación de Grados del 1º de octubre de 2011.

La presente es la tercera y última Colación de Grados de este año. Se caracteriza además porque hoy todos los egresados van a recibir su diploma de técnicos superiores: en administración financiera, en análisis de sistemas, en gestión ambiental y salud, en márketing. Son representantes de un pulmón del Instituto; el otro es el originario, de Profesorados. Los que egresan del Instituto como profesores tienen ante sí el amplio campo de la escuela, de la educación; su tarea es obviamente de una importancia extraordinaria, añadiéndose a la tarea educativa de la familia y completándola. Los que egresan como técnicos superiores podrán desempeñarse también en el ámbito escolar, en materias que respondan a su propia especialidad, pero su cometido es prioritariamente ejercer su profesión específica en el ámbito laboral.

El Instituto se complace en la formación de técnicos superiores, que a la preparación científica unan una personalidad rica en valores humanos y cristianos. A ustedes, noveles egresados, las autoridades y todo el personal del Instituto, a quienes entiendo representar, los felicita de corazón por haber logrado su título profesional. Y se goza y se une gustoso al regocijo de ustedes mismos y al de sus padres y de cuantos los acompañaron y alentaron durante sus años de estudios superiores.

Ustedes, noveles técnicos, son hijos, por así decirlo, de la actual civilización científico-técnica. A ustedes, como a todos los técnicos, les incumbe cumplir de algún modo un mandato bíblico. Leemos, en efecto, al comienzo de la Sagrada Escritura: “El Señor Dios tomó al hombre y lo puso en el jardín de Edén, para que lo cultivara y lo cuidara” (Gen 2, 15). La ciencia y la técnica vienen a ser instrumentos en manos del hombre para el cuidado de la creación.

Es simplemente fabuloso el progreso científico-técnico que se ha dado en el siglo anterior y sigue en el actual. Benedicto XVI en la misa del Domingo de Ramos presidida por él en la Plaza de la Basílica de San Pedro, en abril de este año, puso de relieve justamente que “tenemos la capacidad de volar, podemos vernos, escucharnos y hablar de un extremo a otro del mundo”, y que aumentaron enormemente las capacidades humanas tanto para el bien como para el mal. En todos los descubrimientos, el hombre -dijo el Sumo Pontífice- “busca en último término obtener alas”, para ser “independiente, totalmente libre, como lo es Dios”. Pero “las grandes conquistas de la técnica nos hacen libres”, advirtió el Papa, y son “elementos del progreso de la humanidad” solo si el hombre “está en búsqueda de la verdad” y “abandona la soberbia de querer hacerse Dios a sí mismo”. El Papa cree que cada hombre “necesita de la humildad de la fe que busca el rostro de Dios y se confía a la verdad de su amor” para “ascender a la altura de su verdadero ser”.

Que ustedes, noveles técnicos, se distingan profesionalmente, encarando a la vez su tarea con espíritu religioso, de colaboradores de Dios en el cuidado de la creación, de la vida que palpita en la creación.

Sin duda, pueden referirse también a ustedes, noveles técnicos, reflexiones que Benedicto XVI hizo en el Mensaje para la Jornada Mundial de la Juventud, de la que, el mes pasado, participaron dos millones de jóvenes en la ciudad de Madrid. En dicho mensaje el Papa ve como presente en cada generación el “impulso de ir más allá de lo habitual”. “Desear algo más que la cotidianidad regular de un empleo seguro y sentir el anhelo de lo que es realmente grande forma parte del ser joven”. Siguió diciendo: “¿Se trata sólo de un sueño vacío que se desvanece cuando uno se hace adulto? No, el hombre en verdad está creado para lo que es grande, para el infinito. Cualquier otra cosa es insuficiente. San Agustín tenía razón: nuestro corazón está inquieto, hasta que no descansa en Ti. El deseo de la vida más grande es un signo de que Él nos ha creado, de que llevamos su “huella”. Dios es vida, y cada criatura tiende a la vida; en un modo único y especial, la persona humana, hecha a imagen de Dios, aspira al amor, a la alegría y a la paz.”

Benedicto XVI no vacila en impulsar a los jóvenes a superar el conformismo, la superficialidad, el egoísmo, aspirando a lo elevado, a lo grande. En su encuentro con 35 mil jóvenes en la noche del sábado 24 del pasado mes de setiembre en la Feria de Friburgo, los invitó a no tener miedo de las renunciaciones y sacrificios por amor. “Permitan -dijo textualmente- que Cristo arda en ustedes, aun cuando ello comporte a veces sacrificio y renuncia”. Hasta los desafió a ser santos: “Tengan la osadía de ser santos ardientes, en cuyos ojos y corazones reluzca el amor de Cristo, llevando así luz al mundo”. Y les aplicó las palabras de Cristo: “Ustedes son la luz del mundo”. Luz del mundo, reflejando la luz de Cristo, pues los esfuerzos humanos o el progreso técnico de nuestra época no pueden llevar la luz al mundo: solo Cristo resucitado es una luz más fuerte que la oscuridad. “Sí, ustedes son la luz del mundo, porque Jesús es su luz. Ustedes son cristianos, no porque hagan cosas especiales y extraordinarias, sino porque él, Cristo, es su vida. Son santos porque su gracia actúa en ustedes”.

También me place aplicar a ustedes, noveles técnicos, los siguientes conceptos expresados por el Sumo Pontífice en la aludida Jornada Mundial de la Juventud:

“Queridos jóvenes, que el amor de Cristo por nosotros aumente su alegría y los aliente a estar cerca de los menos favorecidos. Ustedes, que son muy sensibles a la idea de compartir la vida con los demás, no pasen de largo ante el sufrimiento humano, donde Dios los espera para que entreguen lo mejor de ustedes mismos: su capacidad de amar y de compadecer. Las diversas formas de sufrimiento son llamadas del Señor para edificar nuestras vidas siguiendo sus huellas y hacer de nosotros signos de su consuelo y salvación. Sufrir con el otro, por los otros, sufrir por amor de la verdad y de la justicia; sufrir a causa del amor y con el fin de convertirse en una persona que ama realmente, son elementos fundamentales de la humanidad, cuya pérdida destruiría al hombre mismo”.

Acabo de hacerle eco a Benedicto XVI proponiendo a ustedes reflexiones y exhortaciones que él hiciera a los jóvenes en general con motivo de la XXVI Jornada Mundial de la Juventud Madrid 2011 y con motivo de la visita apostólica a su tierra natal, Alemania. Me parecieron muy oportunas también para ustedes. Termino, entonces, deseando que también ustedes, en el ejercicio de su profesión y en su vida entera, se destaquen como personas amantes de lo grande, es decir, de todo lo bueno, lo noble, lo generoso, lo solidario, en fiel seguimiento de Cristo, nuestro Camino, Verdad y Vida.

